

Presentación de la novela de Donato Ndongo-Bidyogo: "Los poderes de la tempestad"

CARLOS GONZÁLEZ ECHEGARAY
DONATO NDONGO-BIDYOGO
A.E.A.

La Asociación Española de Africanistas y el Colegio Mayor "Nuestra Señora de África" han organizado la presentación, en la sede de este último centro universitario, el martes día 20 de enero de 1998 a las 19'30 horas de la novela de Donato Ndongo-Bidyogo "Los poderes de la tempestad". El acto fue presidido por D. Eduardo López Busquets, Subdirector General de Cooperación con África, de la A.E.C.I., actuando como moderador el Profesor José U. Martínez Carreras, Presidente de la A.E.A., e intervinieron D. Jesús Pardo, D. Carlos González Echegaray y D. Donato Ndongo, autor del libro. Estos dos últimos participantes pronunciaron las palabras que se incluyen a continuación.

* * *

He acudido con sumo gusto a la convocatoria que me ha sido hecha para presentar el libro "Los poderes de la tempestad", no sólo por motivo de la vieja amistad que me une con el autor, Donato Ndongo, sino también porque considero que esta novela constituye un nuevo hito en la naciente literatura hispano-guineana.

Y para centrar el tema, antes de entrar en materia, parece obligado hacer unas cuantas precisiones acerca de lo que entendemos por literatura africana, y consecuentemente "novela africana". Para algunos, sería toda novela cuya acción se desarrolla en ambiente africano, aunque sea escrita por autores no africanos. Para otros, se trataría de aquellas que fueron escritas por africanos o incluso por autores de raza negra procedentes de otros países, concretamente de América. A esta acepción vamos a concretarnos aquí, aunque haya-mos de hacer referencias al otro apartado.

Por supuesto, al hacer esta delimitación, hemos de traer el inicio de esta literatura hasta bien comenzado nuestro siglo, ya que el tema de África tuvo ya mucho desarrollo en la segunda mitad del XIX y sobre todo a partir de la Conferencia de Berlín, que repartió África, estimulando así la atención del mundo y como consecuencia la colonización de un continente hasta entonces misterioso y desconocido. Pero toda esta literatura era obra de escritores blancos y (si exceptuamos al sudafricano Thomas Mofolo con su novela histórica "Tchaka" escrita en 1908, pero no publicada hasta 1925), hasta 1921 no aparece una novela escrita por un negro en que se refleje una parte importante de la realidad humana del África subsahariana. Nos referimos naturalmente a «Batouala» del martiniqués René Maran.

Por cierto que sería interesante conocer las causas por las que los pioneros de lo que vendría a llamarse «la negritud», procedían en su mayor parte de las Antillas francesas o sus proximidades continentales. Véanse sino los ejemplos de Aimé Césaire (Martinica), Frantz Fanon (Martinica), Paul Nègre (Guadalupe), León Damas (Guayana)... sin olvidar a los de lengua española como Nicolás Guillén, y Alejo Carpentier.

Pues bien, la concesión del premio Goncourt a la novela "Batouala" en 1921 fue el desencadenante de la polémica sobre los nuevos valores intelectuales que a partir de ese momento iban a fertilizar el hasta entonces desierto de la literatura escrita por negros; sin embargo, hay que señalar que la poesía se había anticipado a la prosa y ya los autores que hemos citado destacan más como poetas que como novelistas. Después vendrían grandes narradores africanos como Dadié, Sembene Ousmane, Mongo Beti, Camara Laye, Amos Tutuola y Ferdinand Oyono, entre otros muchos.

Refiriéndonos concretamente a la novela escrita por guineanos en español, hay antecedentes, incluso anteriores a la independencia. La primera de ellas fue publicada en 1953 y se titulaba "Cuando los combes luchaban"; yo intervine parra que se publicara por el Instituto de Estudios Africanos y le hice el prólogo; se trataba de un escritor (entonces muy joven), Leoncio Evita, que ha fallecido el pasado año. Su novela constituía un fiel y minucioso testimonio de costumbres y ritos de los Ndowé, usos hoy desaparecidos. La novela estaba pensada y sentida "en europeo" y sólo cuando la acción se desarrollaba entre guineanos, el escritor, como un espectador se sentía de su raza. Otra nota es la consideración que al autor le merecían los españoles de entonces con sus virtudes y sus defectos. De esta obra acaba de hacer una segunda edición el Instituto de Cooperación para el Desarrollo, considerando su valor histórico.

La siguiente aportación fue "Una lanza por el Boabi" de Daniel Jones Mathama, de carácter autobiográfico en que se relata la historia de un nieto del Boabi, que no es otro que el casi mítico personaje de la historia de Fernando Poo, Maximiliano Jones, que en realidad, es el verdadero protagonista de la

obra, ya que toda la acción transparenta la presencia mayestática y los juicios salomónicos de aquel influyente africano, máxima figura de la colonia, con la aquiescencia de las autoridades españolas.

Aunque estrictamente no se trata de una novela, puede aceptarse como tal el libro autobiográfico publicado en 1985 "El reencuentro. El retorno del exiliado" de Juan Balboa Boneke, destacado escritor y político guineano. En él describe los sentimientos de un exiliado político que, después de la dictadura vuelve a su país al que halla en situación decepcionante, a pesar de lo cual, trata de crear una esperanza y una ilusión para el futuro, a base de la unidad de todos los guineanos.

Así llegamos a "Ekomo" de María Nsué, obra que podemos considerar como la primera novela de un guineano escrita con auténtica mentalidad africana en lengua española. En ella se refleja la tremenda fuerza que en la vida del Fang tiene lo consuetudinario, concretado en el rito ancestral, el valor esotérico de la danza, los poderes ilimitados del hechicero, y el fatal destino de los personajes, oprimidos entre la cultura tradicional y el impacto cada vez más fuerte de la civilización europea. Se trata ya de una novela moderna que refleja los estilos narrativos hoy en boga en las literaturas occidentales.

El siguiente escalón es la anterior novela de Donato Ndong titulada "Las tinieblas de tu memoria negra" donde el autor desarrolla sus recuerdos de infancia y adolescencia, reflejando una memoria crítica sobre las personas y las cosas de la época colonial, de las misiones y de la vida indígena. Describe la trayectoria psicológica de un seminarista guineano que termina por colgar los hábitos, convencido de que su país le exige otra vocación distinta, de cara al futuro de su patria.

Y así llegamos a "Los poderes de la tempestad". Y puestos ya ante la obra que presentamos, es necesario explicar que se trata de una novela de relato personal, con apariencia autobiográfica (no lo es ciertamente), en que relata las desventuras de un joven abogado guineano que regresa a su país con la esperanza de incorporarse a las tareas de su desarrollo y se encuentra con el caos y la terrible tiranía desencadenada por Macías; le acompañan su joven esposa española y una niña pequeña hija de ambos, que pasan allí numerosas peripecias dramáticas que constituyen el entramado de la novela.

En cierto modo esta novela podría incluirse en una etapa de la novela africana en lenguas europeas que Jacques Chevrier en su "Literature Nègre" denomina "novela histórica africana", pero habría que puntualizar que esta novela "histórica" lo es, no como Chevrier las sitúa cronológicamente después de las llamadas "novelas de protesta" es decir, las de la lucha contra la opresión del colonizador (aquí podría encajar la anterior de Ndong que ya hemos citado) sino más bien incluyéndola en un historicismo más moderno, próximo a la etapa última que este crítico señala, la que él llama "novela del desencanto" o de la frustración después de la independencia. Por otra parte,

no hay que olvidar que Ndongo es ya experto en lides históricas tras haber escrito su "Historia y tragedia de Guinea Ecuatorial", la primera historia después de la independencia.

En este aspecto reconozco que el autor ha sabido intercalar en el relato fragmentos auténticamente históricos, como el fusilamiento de setenta presos en un claro del bosque junto a la carretera, o el de las escenas dantescas en la cárcel de Blavis en Malabo y en la de Bata. En este sentido creo advertir cómo el autor ha utilizado positivamente el método de Pérez Galdós en sus "Episodios Nacionales" o el de Baroja en sus "Memorias de un hombre de acción" para convertir la historia en literatura y viceversa, sin que el lector advierta el cambio.

Me ha alegrado mucho coincidir en este acto con mi antiguo amigo y paisano Jesús Pardo, uno de los novelistas más destacados de la hora actual en España, y esta amistad me autoriza a disentir de él en un punto relativo a este libro que estamos presentando aquí. Y es que esta novela, a mi juicio, no responde a la influencia de la narrativa tradicional africana, aunque no niego que se acusan en ella algunos aspectos parciales de dicha influencia. Pero en su estructura interna, en su estilo, y en la psicología de sus personajes, se trata de una novela de ambiente guineano, escrita con la mentalidad de un hombre de nuestro tiempo y en cierto modo y por decirlo de alguna manera aproximada, de un escritor occidental o europeo.

Veamos pues, cuáles son los aspectos que podrían justificar en este caso la tesis de Jesús Pardo. Son varios y cualquier lector avezado en las literaturas negroafricanas los puede detectar. A mí me da la impresión de que esos pasajes son voluntaria y conscientemente introducidos por el autor, precisamente para lograr una mayor compenetración con la tradición ancestral y con ello una mejor ambientación en el clima social de un país y una época. Lo cual me parece meritorio y viene a añadir una dificultad a la hora de concebir y escribir la novela. Pero Donato Ndongo ha hecho este ensamblaje con tal maestría que apenas se advierte la intromisión del aspecto legendario, que queda perfectamente integrado con la trama.

Uno de esos fragmentos sería el relato que la madre del protagonista hace a éste de su curioso encuentro con la hembra de gorila y la posible pérdida de su hijo pequeño, escena que me ha hecho recordar una leyenda recogida por mí hace muchos años entre los bujebas y que describe un suceso parecido aunque dentro del ámbito de lo maravilloso.

Otro personaje de influencia tradicional es la descripción de las ceremonias nocturnas con que los ancianos de su clan reciben al protagonista al regresar a su tierra, una especie de confirmación del rito de iniciación a la pubertad que habría recibido antes de su marcha a España.

Estas dos muestras afectan al tema en sí pero no a la forma literaria; pero donde claramente se advierte la influencia del estilo del país, es en las

constantes retahílas que a cada momento sueltan los esbirros de Macías, comisarios, guardias, militares, etc., que repiten como loros las frases oficiales de los soporíferos discursos del Gran Jefe, con tal fidelidad expresiva que parecen grabadas en cinta magnetofónica.

Salvo estas huellas de los relatos tradicionales a que me he referido, el estilo literario es absolutamente moderno, actual, con grandes bloques secuenciales que casi suprimen los puntos y aparte, sistema que a mí personalmente no me gusta, pero que en este caso (como en otros muy conocidos de la novela actual hispanoamericana) me parece oportuno, dado el carácter personal y rememorante de la obra, que como en la memoria humana, empalma una idea con otra sin solución de continuidad, en un soliloquio constante. Esta manera de desarrollar la obra justifica también las frecuentes miradas hacia atrás con recuerdos de su infancia, de su estancia en Madrid y en Salamanca, de su noviazgo, etc., y también la forma gramatical de la expresión dirigiéndose constantemente a sí mismo en tercera persona: "...no pudiste refrenar tu lengua, acostumbrado a expresar con naturalidad..." forma que da a sus reflexiones un aire de examen de conciencia ante el espejo de su propia conducta.

Las escasas incursiones por el erotismo hoy tan de moda, están sublimadas por la ternura del amor conyugal, salvo la tremenda y repugnante escena de la miliciana Ada y la del increíble suplicio de aquel preso y su madre.

Desde el punto de vista psicológico me parece importante el análisis de la personalidad del protagonista, un africano que tras una larga estancia en Europa ha quedado desconectado de su cultura propia, pero que trata de volver a ella con ilusión, pensando que puede conseguir una síntesis positiva que haría extensiva a su mujer. A su lado ésta, callada y retraída, sigue con esperanza la ilusión de su esposo buscando un mundo mejor para la niña de ambos. Por otra parte, la familia de él que en principio se sienten alejados de la blanca, terminan recibéndola con afecto y alguno llega a perder la vida por haberles ayudado. Destaca la personalidad del anciano tío Abeso, fiel testimonio de las tradiciones fang que en algunos momentos me hace recordar aquel otro fang, Etó Mebimi, de la novela de Aranzadi "En el bosque Fang".

Recorre toda la obra un hálito de bondad, un aura de ingenuidad en el protagonista, que permiten que él mismo y el lector puedan flotar esperanzadamente sobre toda la basura agobiante de un estado de cosas y sobre todo de personas, que cuesta llegar a comprender. A los que conocimos la Guinea anterior a este nefasto período, nos parece imposible que de aquellas gentes de bondad innata, generosos, hospitalarios, puedan surgir en tan poco tiempo esta camada de seres diabólicos, sedientos de sangre de sus propios hermanos de raza. Hubiera sido más comprensible el desencadenamiento de una razzia exterminadora de los blancos que los habían tenido dominados durante casi un siglo,

pero no fue así; fueron los mismos guineanos las víctimas propiciatorias de los errores de unos y otros.

Esta sucesión de horrores que ponen el alma del lector en una angustia permanente, tienen al fin la compensación de un final positivo, que como ocurre en el primer volumen de la trilogía, deja abierta la puerta para un tercer tomo, que por lógica argumental e histórica, deberá reflejar la Guinea actual, la de Obiáng, que esa sí que la ha vivido personalmente el autor.

Carlos GONZÁLEZ ECHEGARAY

* * *

Cada vez que entrego un libro al público, me suele embargar un doble sentimiento. Por un lado, la satisfacción y, por otro, una tremenda responsabilidad. Me siento satisfecho de que lo que nació en su día, hace muchos años, como un punto luminoso en mi cerebro, la idea de narrar esta historia, al fin se haya cumplido, y el libro ha iniciado su propia andadura hacia la percepción de los demás, que lo juzgarán de acuerdo con su propia sensibilidad individual, y algunos quizá lo desentrañen de tal modo que es posible que descubran hasta los planteamientos inconscientes que subyacen en este texto literario. Un libro es como un hijo: lo engendras, lo moldeas, proyectas en él tus anhelos e ilusiones, pero al final adquiere vida propia hasta el punto, a veces, de resultar un perfecto desconocido. De ahí la responsabilidad: porque es posible que los demás te vean a través de tu obra, por mucho que hayas tratado de distanciarte, y siempre habrá quien busque y encuentre paralelismos y semejanzas.

Pero no es este tipo de responsabilidad el que me preocupa fundamentalmente. Lo que me preocupa, sobre todo, es entregar al público, al lector, a la sociedad en definitiva, un producto que uno cree maduro, que uno ha elaborado con cariño, que uno ha supuesto trascendente, porque pretende que, además de la función cultural, merezca alguna reflexión e incida, por lo tanto, en las formas de ver el tema que se plantea. El escritor escribe en la soledad, sólo inducido por su propio criterio. El lector lee en la soledad, también conformado sólo por su propio criterio, y en la medida en que haya logrado comunicar lo que trato de decir, en la medida en que esta historia que les entrego avive sus emociones, y quizá sus conciencias, sabrán que he logrado mis objetivos o que el experimento ha fracasado.

Y la historia que les propongo en *Los poderes de la tempestad* no es sino la continuación de la iniciada con *Las tinieblas de tu memoria negra*, mi primera novela, aparecida hace diez años. Me propuse realizar una trilogía, que he denominado "Los hijos de la tribu", en la que trato de explicar la historia

de Guinea Ecuatorial –o, mejor, la historia de una generación de guineanos– desde la literatura, a través de un personaje que vive sucesivamente el apogeo de la época colonial, la independencia bajo Macías y el período actual. Si *Las tinieblas de tu memoria negra* planteaba fundamentalmente el problema de la tradición o la modernidad en los términos antitéticos en que se nos impuso a los guineanos, *Los poderes de la tempestad* es una interrogación permanente sobre los fines de la independencia alcanzada el 12 de octubre de 1968. He tratado de elaborar una novela sobre las consecuencias de la dictadura sobre el individuo y sobre un pueblo, y no una novela sobre los dictadores, al estilo de las proposiciones de otros escritores de nuestro ámbito lingüístico, como García Márquez, Roa Bastos o Miguel Ángel Asturias.

Aunque la labor del escritor no sea necesariamente la de dar respuestas a las preguntas que formula desde la literatura, puedo decir, sin embargo, que en aquella primera novela abogaba por una síntesis intercultural entre los valores africanos, bantús, herederos de nuestra rica tradición, y los adquiridos como consecuencia de nuestras relaciones históricas con España, nuestra antigua potencia colonizadora; relaciones que, si fueron traumáticas en algún momento, nos corresponde a las actuales generaciones de guineanos y de españoles el desdramatizarlas, para que no sean un permanente foco de tensión, y al fin se encuentren los dos pueblos en ese terreno común de las muchas cosas que nos unen. Frente a los maniqueos que aseguran que no son admisibles en nuestra sociedad negroafricana lo que ellos llaman “ideas importadas” –sin darse cuenta de la contradicción en que están inmersos al decir esas cosas mientras viajan en aviones, circulan en potentes coches y beben buen champán, todos ellos bienes importados–, soy de los que creen que podemos ser auténticamente africanos hablando y escribiendo en español, asumiendo los valores éticos de nuestro tiempo y trabajando por la modernización de nuestras estructuras sociales, pues todo ello no hará más que potenciar nuestros valores primigenios, con el fin de dar al mundo un pensamiento original y transformador, lejos de los conceptos trillados. No podemos renunciar a nuestra estirpe bantú, puesto que nuestra cosmovisión y nuestra raza están condicionadas por esa cultura, que conforma nuestra estructura mental. Tampoco podemos prescindir de nuestra adscripción hispánica, puesto que nuestra Historia, nuestra concepción del mundo y nuestra especificidad en el contexto de las naciones están asimismo condicionadas por esa cultura, que ya forma parte consustancial de nuestro ser. Les diría a los que nos proponen el regreso a la tribu que rechacen el traje y la corbata, los automóviles y el whisky, para volver a vestir el “okan” o taparrabos, andar a pie los más de 250 kilómetros que separan Bata de Mongomo, beban exclusivamente el topé y el malamba y hablen en fang en las Naciones Unidas y demás foros internacionales, pues sólo así serían los que ellos llaman “auténticos africanos”.

De alguna manera, este es el tema que les ofrezco en *Los poderes de la tempestad*. Porque la dictadura de Macías no fue sino eso: un regreso a las formas ancestrales de la concepción del poder y de las relaciones sociales; pero, ojo, sólo a través de sus efectos más perniciosos y caducos como la brujería, el canibalismo, el tribalismo y la crueldad. Los que hemos tenido la suerte de tener mayores a los que consultar —aunque ahora se nos estén muriendo todos poco a poco e irremediablemente—, sabemos que todos esos fenómenos eran excepcionales, rituales, y no formaban parte de la vida cotidiana, pues ni todo el mundo comía carne humana ni todos los *beyín* —es decir, “extranjeros”, los que no son de tu misma tribu— eran enemigos. La sociedad ancestral también era solidaria, se unía para defender intereses comunes, era hospitalaria y valoraba la amistad, la indulgencia, la magnanimidad, la equidad, la prudencia y la probidad, valores hoy caídos en desuso. El guineano se ha despersonificado, y repite una serie de tradiciones miméticamente, sin conocer su significado profundo, y rechaza otra serie de proposiciones de progreso sin valorarlas ni ponderarlas. Para los que nos mandan, y desgraciadamente para muchos de los que aspiran a mandar y muchos de los mandados, parecería que aún no hemos alcanzado la soberanía, que estamos en permanente guerra contra los blancos. Y eso no es más que falta de madurez, y la falta de madurez es propia de la adolescencia, de la edad sin memoria.

Porque una de las causas de nuestros innumerables males es que carecemos de memoria. Antiguamente, los mayores ejercían la función de maestros y de depositarios de la sabiduría del pueblo, y se la transmitían a los más jóvenes a través de la palabra: aconsejando, contando cuentos e historias, por medio de los cantores de *nvet* o trovadores, por medio de la iniciación, etc. Pero ahora, totalmente desarticuladas nuestras estructuras sociales, en las que se ha perdido el respeto a los mayores, o se prohíben incluso las reuniones familiares a la luz de la luna, o los mayores simplemente han dejado de existir al acortarse tan drásticamente la esperanza de vida; en una supuesta estructura social de la que huyen los jóvenes, obligados a emigrar por razones políticas o económicas, en estas condiciones, ¿quién guarda nuestra memoria colectiva? En un país que rechaza la escritura y la lectura —pues hace lo posible para desanimar a los estudiantes y no estimula, al revés, persigue la creación intelectual—; en un país en el que no hay una sola librería, que no conserva sus archivos, que no tiene museos, cuyas bibliotecas se venden en los mercados para que las hojas de los libros sirvan para envolver buñuelos y granos de cacahuete, y que persigue y exilia a sus novelistas, historiadores, poetas, antropólogos y filósofos; en una estructura como la que conforma la realidad de nuestros países negro-africanos, ¿quién conservará nuestra memoria colectiva?

Unamuno escribió que “la esencia de un pueblo es su historia, y la historia es lo que se llama filosofía de la historia, es la reflexión que cada individuo o

cada pueblo hacen de lo que les sucede, de lo que sucede en ellos". Esa reflexión es la que me ha llevado a escribir, y, sobre todo, a escribir sobre los temas que escribo: para conservar la memoria, para conjurar el olvido, para cimentar el recuerdo, que son las capacidades que distinguen al humano del mero instinto de los animales. En mi opinión, no puede haber progreso sin memoria, porque estaremos condenados a repetir siempre los mismos actos, y los mismos errores, generación tras generación.

Además, nos lo exigen los 50.000 muertos asesinados por "su eselencia el presidente vitalisio, el honorable y gran camarada y único milagro de Guinea Ecuatorial". Y debemos hacer lo posible para que tanta muerte no sea inútil, que nuestros muertos sean el abono sobre el cual nazcan y florezcan las flores de la paz y de la concordia. Porque la reconciliación no se logra a base de silenciar los crímenes, imponiendo la mordaza. Esa actitud sólo genera más rencor. Cuando seamos capaces de discutir sobre nuestra dolorosa historia sin pasión, pero con verdad, estaremos logrando la verdadera paz.

Digo todo esto porque no faltarán interpretaciones torticeras que me acusarán de revisar el pasado, atribuyéndome intenciones que están lejos de mi ánimo. Que la crueldad de Macías y sus seguidores no deba repetirse no es igual a mirar a otro lado cuando se evoca aquel período de horror. Les diría a esos exegetas que se guarden su miedo a comparecer algún día antes los tribunales y nos permitan vivir en paz, y no con la angustia permanente de que Macías ha resucitado. Los que nunca hemos matado no podemos tener miedo; los que jamás hemos acusado a nadie no podemos tener miedo; los que nunca hemos transigido con la arbitrariedad, ni con nuestros actos hemos propiciado la instauración de la barbarie no podemos tener miedo, ni podemos tener miedo los que, a pesar de nuestra pobreza, nunca hemos robado ni tenemos intención de saquear los bienes públicos.

Pero lo que les entrego hoy es una novela, ante todo y sobre todo. Y una novela es literatura. Y literatura es arte. Dejaré a los críticos la tarea de diseccionar el libro, para ver si hay en él algo de arte. Sólo puedo decir aquí, y no a modo de justificación, que es posible que muchos no entiendan la dimensión profunda de la literatura africana y, por extensión, de las literaturas negras, puesto que nos plantean exigencias artísticas, la forma y todas esas cosas que, en nuestro contexto actual, son meros ejercicios de artificio. De la atenta lectura de clásicos africanos como Peter Abrahams, John Peper Clark, Amos Tutuola, Chinua Achebe o Leopold S. Senghor, y de coéteanos míos como Emmanuel Dongala, Sony Labou Tansi, José Luandinho Vieira, Sembene Ousmane o Wole Soyinka; e incluso de afroamericanos como Richar Wright, James Baldwin o Ralph Ellison, he llegado a la conclusión de que los negros escribimos impulsados por la necesidad de gritarle al mundo nuestros problemas, de echarle en cara las cargas que nos oprimen, y no por imperativos esteticistas sólo destinados a

deleitar a los cuerpos bien nutridos consumidores de literatura. Aparte del hecho conceptual de que, tradicionalmente, en las culturas africanas no existe la noción de “arte por el arte” —fruto de las necesidades de unas clases opulentas que podían y pueden recresarse en la contemplación de la belleza por la belleza—, sino una serie de oficios utilitaristas que tenían una función social específica. Por eso, en este momento y en estas circunstancias, no podemos dedicarnos a los juegos de palabras y demás experimentalismos, porque resultarían estériles, pretenciosos e inadecuados en nuestra sociedad, de la misma manera que un alma atormentada o un cuerpo hambriento no pueden extasiarse ante los rasgos de o los colores de un cuadro o escuchar la más sublime melodía. Y si nuestra literatura se justifica, es precisamente por haber sido trasvasada a ella aquellos quehaceres anteriormente asumidos por nuestros juglares, que eran la conciencia de la gente; pues, al bucear a un tiempo en la realidad y en la fantasía, la palabra se convertía en una proposición de acción, actuando en las mentes como un vehículo del cambio.

Abogo por la calidad del texto literario, por la belleza del arte que entrego al cuerpo social, pero el valor primordial en esta hora de desesperación para los pueblos africanos, y para el guineano en particular, es la exigencia de compromiso, que debe primar sobre cualquier otra consideración. El compromiso es, además, una de las características esenciales y permanentes de la literatura africana —independientemente de la “lingua franca” en que se exprese—, pues ya se manifestó en la resistencia anticolonial, lucha que no hubiera sido posible sin el renacimiento cultural operado en nuestro continente en los años 30 y 40 de este siglo que agoniza, que se expresó sobre todo en obras y movimientos literarios. Y después de casi 40 años de independencias, los escritores no han abandonado la lucha, si bien ésta ha cambiado de signo: ahora se lucha por conquistar la libertad y la justicia, secuestradas por una casta político-militar negra que oprime a sus compatriotas negros en prácticamente todos los países de nuestro continente. El hecho de que gran parte de los escritores africanos seamos incomprendidos, marginados y hasta perseguidos en nuestros países; que suframos cárceles o vivamos en el exilio, e incluso algunos sean ahorcados por los apóstoles de la barbarie, significa que la lucha continúa, que las independencias no nos trajeron la libertad, que nuestros dirigentes no sólo heredaron los palacios de los gobernadores coloniales, sino su mentalidad.

El escritor africano es, pues, sobre todo, un marginado entre los marginados; es la voz de los sin voz, que en nuestros países son la mayoría de la población; el escritor, para nosotros, es un hombre o una mujer que ha escogido deliberadamente un oficio ingrato cuya única satisfacción está en la tranquilidad de la conciencia. No se puede dissociar la creación literaria del medio en que se produce, puesto que el escritor no está encerrado en una urna de cristal que le aisle del resto de los ciudadanos. El escritor africano escribe sobre los problemas que afectan a su sociedad, y deja de un lado los ejercicios utópicos o aca-

demicistas, pues mientras sufran nuestros países (nuestros compatriotas, nuestras familias y nosotros mismos) del hambre sin esperanza de comer; de enfermedades sin hospitales, ni instrumental, ni medicamentos; de la corrupción, de la opresión política, del analfabetismo, y de tantas lacras que impiden el desarrollo armónico de nuestras vidas; mientras las independencias africanas no recuperen su razón de ser, que es la libertad y el bienestar de los africanos, el escritor debe estar comprometido claramente con la causa de la liberación de su pueblo y no actuar como un burgués cómodamente sentado en su salón de Berlín o Madrid contemplando en la pantalla de su televisor las famélicas imágenes de Ruanda o Liberia. Cada uno de nuestros países tienen su Ruanda, y la misión del escritor es estar al lado de esas madres y de esos niños y de esos padres que sufren sin saber porqué. Aunque eso no conlleve necesariamente la adscripción partidista, sino el compromiso a través de su obra, protegiendo celosamente la independencia de criterio que otorga la credibilidad.

Sólo me queda agradecer profundamente a todos los que hicieron posible que este libro dejara de ser una idea. En primer lugar, a mis enemigos, a los que me juzgan sin conocerme, a los que exigen la perfección y no me perdonan un solo fallo, a los envidiosos, a los racistas y a los mezquinos: como decía mi padre, Pedro Ndongo Biyogo –un hombre muy inteligente que sabía sacar enseñanzas provechosas de la adversidad, y que fue guía de mi vida hasta que hace seis meses dejó huérfana a su familia–, “todo vale”. Porque al final, esos desplantes, esa incompreensión, esa envidia, esa malquerencia, va conformando todo un universo de experiencias que, imperceptiblemente, se convierten en literatura.

Y, cómo no, a mis amigos: a los que creen en mí, a los que confían en mí, a los que me animan y hacen soportables los treinta años de exilio que ya soporto sobre mis espaldas (incluidos esos nueve últimos años en Guinea, que fueron otra clase de exilio interior). No encuentro palabras –y no es retórica– para expresarles lo mucho que me ayudan, y sólo se me ocurre decirles, a cada uno de ellos y a todos en conjunto, gracias, muchísimas gracias.

Por supuesto, a la Agencia Española de Cooperación Internacional, que en 1995 me concedió una beca de creación, la cual me permitió escribir este libro y algún otro que vendrá; y que, en un nuevo acto de fe, ha coeditado ahora el texto que hoy les entregamos.

A mis editores, que, sin conocerme personalmente, creyeron en el texto literario que les envié, apostando por un escritor negro-africano desconocido, a sabiendas de que quizá no tendrá ningún puesto en las listas de los libros más vendidos.

A mi amigo Jesús Pardo de Santayana, quien, no sé si se acordará, me sugirió hace más de 20 años que escribiera mi primer libro, *Historia y tragedia de Guinea Ecuatorial*, cuando él dirigía la prestigiosa revista “Historia-16”.

Desde entonces le guardo un lugar especial en mi aprecio, por la confianza que me mostró, y que ha renovado ahora al aceptar avalar, desde lo alto de su podio como importante escritor, esta nueva obra mía.

A mi amigo Carlos González Echegaray, del que seguimos bebiendo todos los que nos ocupamos de los temas históricos y culturales de Guinea Ecuatorial, puesto que su labor, desde hace casi 50 años, en pro de nuestra cultura no sólo no ha sido superada, sino que constituye un hito –por su ponderación, al margen de modas racistas o antirracistas– para todos nosotros, españoles y guineanos.

Al Colegio Mayor “Nuestra Señora de África”, que se ofreció para albergar la presentación. Sus actuales responsables y los veteranos que guardan sus esencias saben el cariño que le tengo a esta institución africanista única en España, entre otras razones porque aún conserva algunas huellas mías, ya que lo codirigí durante un tiempo no hace demasiados años, dejando en ella ilusiones de juventud y anhelos de siempre.

A la Asociación Española de Africanistas, y particularmente a su presidente, el maestro José Urbano Martínez Carreras, quien me muestra su afecto desde hace años, y que es un permanente ejemplo de investigador riguroso y veraz para quienes, como yo, buceamos a veces en ese mar proceloso de la Historia de África y de las relaciones entre africanos y europeos, entre españoles y guineanos.

Y, no en último lugar, a todos los asistentes, amigos, familiares y compañeros, por su estímulo y su cariño al aceptar la invitación para acompañarme aquí esta tarde. Muchas gracias.

Donato NDONGO-BIDYOGO